

único que puede asegurar al hombre la conquista de la felicidad verdadera; y como esta felicidad tiene subalternadas á sí todas las otras, el catolicismo no solo nos conduce á la posesion de los bienes eternos, sino que produce aun en el orden temporal cuanto puede merecer el nombre de bien. He aquí el punto de vista bajo que queremos colocarnos para fijar el plan de este libro.

Hoy día se ha dilatado mas y mas la esfera de accion sobre que debe girar el criterio en este orden de aplicaciones; porque en medio de la gran division de las opiniones, las teorías filosóficas, los sistemas políticos y debates religiosos, parecen haberse distribuido en dos campos, uno de los cuales presenta el gran cuerpo de los creyentes alistados bajo la bandera católica, y el otro descubre á los heterodoxos, incrédulos, impíos &c., alistados bajo la bandera filosófica.

Siendo pues necesario dar tal extension al criterio, hablaremos, primero, de la necesidad y medios de ser católico; segundo, de la fuerza y excelencia dogmática del catolicismo; tercero, de su accion filosófica; cuarto, de su poder moral y político; finalmente, de las reglas de mas general aplicacion en tan importante materia.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### NECESIDAD Y MEDIOS DE SER CATÓLICOS.

Hai una verdad que puede considerarse como la basa de los principios en tan importante materia; y es que el hombre debe á Dios un culto verdadero, pleno y universal; y por consiguiente, que el indiferentismo religioso es un contraprinzipio desechado por todo sano criterio. El solo hecho de la creacion, hecho sin el cual nada se explica, es una prueba concluyente de esta verdad. La creacion supone una causa, que es Dios, y un designio digno de Dios: la creacion y el designio importan una relacion necesaria, y esta relacion funda una lei inmutable. En consecuencia, ó decimos que el hombre es un ser necesario, ó reconocemos que, siendo creatura de Dios, está por la lei de su naturaleza en la obligacion de tributarle un culto. Pero este culto ¿será indiferente? Dios no puede serlo á la verdad y al error: luego el culto debe ser verdadero. La verdad en el culto es la verdad de lo que se debe hacer representada en el cuadro de lo que se hace. Luego el

culto, para corresponder á toda la extension de su verdad, debe comprender todas las prescripciones de la verdad y de la lei: porque dar á Dios una parte y negarle otra seria sustancialmente no darle nada.

Por último, el culto debe ser universal, es decir, su lei comprende á todos los hombres en todos y cada uno de sus estados. Los estados y las situaciones del hombre ni cambian su naturaleza, ni alteran las relaciones existentes entre la Divinidad y la humanidad, ni sacan al hombre de la dependencia natural esencial y legal en que se halla de Dios. Es así que la naturaleza del hombre, sus relaciones con la Divinidad, su dependencia de Dios, la lei Divina, fundan la obligacion del culto: luego el hombre en todos los estados y situaciones de la vida debe á Dios un culto pleno y verdadero.

El hombre puede considerarse en el orden puramente doméstico ó privado, ó como miembro de la sociedad: estos son los dos mas grandes aspectos bajo que puede ser estudiado. En cuanto al primero, nada tenemos que añadir en prueba de la obligacion referida: en cuanto al segundo basta notar que, no subsistiendo la sociedad sino en virtud del vínculo de amor que Dios ha impuesto á todos los hombres entre sí, esto es, en virtud de una lei subordinada totalmente á la del culto, es absolutamente imposible llenar los fines de la sociedad haciendo á un lado las obligaciones que tenemos para con Dios: verdad que se comprueba todavía mas con lo que dejamos dicho en otra parte sobre el doble carácter que tiene la sociedad, siendo como es al mismo tiempo religiosa y política. Esto supuesto, la necesidad de ser católico está apoyada: primero, en que el catolicismo es el depositario de la verdad en toda su extension, el depositario de la lei en toda su extension, el depositario de las promesas en toda su extension; porque fuera de su símbolo no hai verdad completa, fuera de sus prescripciones no hai moral pura, fuera de su sociedad no hai salvacion: segundo, en que el catolicismo reasume de tal suerte los dogmas, que no hai medio entre él y el escepticismo. Aplicado el criterio al juicio comparativo entre las creencias del género humano en todas sus épocas y las de la Iglesia católica, resulta que lo mas bien probado en aquellas parece débil respecto á la fuerza demostrativa de los dogmas católicos. Puede asegurarse que el catolicismo está en el fondo de la conciencia universal, aunque bajo formas confusas; porque todas sus verdades prácticas son tan conformes á la naturaleza humana, como dignos son sus misterios de la natura-

leza divina. En tercer lugar, la verdad en toda su extensión, es universal, es una y es consecuente: sin perjuicio de estos tres caracteres, no se le puede separar un solo dogma, una sola máxima, una sola lei, porque se faltaría a la universalidad, se introduciría el cisma entre lo que es por su naturaleza indivisible, y no habría consecuencia entre la admisión del principio y su aplicación a la creencia. En cuarto lugar, una verdad pura, necesita ser superior á todos los elementos del cisma, una verdad universal debe serlo á todos los caprichos de la razon, una verdad consecuente debe serlo á todas las vicisitudes humanas: es así que nada de esto sería posible sin un símbolo, una autoridad docente y una institucion moral, y el hombre y la humanidad toda son impotentes para cualquiera de estas tres cosas: luego es necesario, absolutamente necesario, estar en la Iglesia, ó vagar fuera del reino de la verdad, donde se la conocerá por alguna faz y mezclada de errores y tinieblas; se la esclavizará bajo el despotismo de la razon, que á su modo interpretará lo poco que entienda y lo mucho que finja; y se la representará en máximas perniciosas, doctrinas absurdas y prácticas abominables. En la Iglesia todo está definido, todo está reglamentado y todo está instituido: fuera de ella no se encuentran sino dudas y cuestiones en lo especulativo, problemas en lo práctico, vicisitudes y revueltas en el órden social.

Justificada la necesidad de ser católico, resta exponer los medios de conseguirlo. Estos medios consisten en la aplicacion del criterio histórico á los hechos fundamentales del catolicismo, la del criterio lógico al examen de sus relaciones y consecuencias, la del criterio moral al sistema de sus aplicaciones prácticas. De todo esto hemos hablado ya, y en el segundo libro de la seccion segunda de esta segunda parte hemos demostrado que los criterios todos admiten una aplicacion fácil al órden sobrenatural, y que esta aplicacion da resultados concluyentes y definitivos.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LA FUERZA Y EXCELENCIA DOGMÁTICA DEL CATOLICISMO.

El catolicismo es la Iglesia católica: la Iglesia católica está colocada sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, y la piedra angular de este inenso edificio es Jesucristo. Sus títulos están en el primero de todos los

libros, en el libro por excelencia, en la BIBLIA. Este libro divino encierra todos los escritos comprendidos en el Antiguo y Nuevo Testamento. El conjunto de estos libros presenta el de todos los dogmas católicos, el de todas las leyes divinas que gobiernan esta sociedad universal, el de todas las reglas que forman el verdadero sistema de nuestra conducta religiosa, moral y política. Estos libros, como en otro lugar hemos dicho ya, envuelven un poder irresistible de doctrina, que cambió universalmente el aspecto de la sociedad, y que fijando el carácter particular de las dos épocas entre las cuales está situado el tiempo en que ellos fueron escritos, derraman toda la luz que se necesita para seguir sin extraviarse las huellas de la especie humana bajo el triple aspecto de la historia, de la filosofía y de la religion, y por tanto, de la moral, de la política y de la legislación. Las doctrinas contenidas en los Libros santos pueden considerarse juntamente como las anchas bases en que descansa el grandioso edificio de las instituciones modernas, y el depósito universal y comun de los principios incontestables que fundan la ciencia del hombre y de la sociedad. El judío poseía una lei, pero una lei á la cual faltaba su plenitud; tenía un sacerdocio, pero un sacerdocio imperfecto; un culto, pero un culto figurativo: el cristianismo posee ya la plenitud de la lei, la perfeccion del sacerdocio y la realidad del culto. El gentil solo contaba con algunos destellos vagos de la lei natural, que á cada paso se confundían con las ridiculeces y absurdos de la filosofía pagana, un sacerdocio monstruoso y un culto abominable. El cristianismo derramó por el mundo todo un torrente de luz, y al esplendor purísimo de esta claridad celestial, que detenía con arrobamiento al rústico y al sabio, dilató prodigiosamente sus dominios, soldó los antiguos cismas que dividían al mundo, hizo entrar las doctrinas, los discursos y las acciones en el círculo inmenso de su plan divino, y ha presentado por mas de diez y ocho siglos un espectáculo único en la historia del universo, el de una sociedad incontrastable por la eterna perfeccion de sus doctrinas y el irresistible poder de sus máximas.

En cuanto al criterio de estos libros, es el mismo que el de cualquiera historia; y de hecho, todas las demostraciones sirven á su existencia y á su verdad. En vano los incrédulos han pretendido que la revelacion no es posible para minar de raiz el grandioso edificio. "El que nos ha dado la palabra no estará privado de ella; si nosotros poseemos un medio de comunicarnos recíprocamente nuestros

pensamientos y afectos, Dios Todopoderoso é infinitamente sabio no carecerá seguramente de medios para transmitirnos lo que fuere de su agrado. Ha creado la inteligencia ¿y no podría ilustrarla?" En vano han pretendido sostener que no es necesaria: todos los siglos, todos los pueblos, todas las instituciones que á ella precedieron, eran unos argumentos sociales y concluyentes de su necesidad. La lei natural habia casi desaparecido de entre los pueblos: sus restos mutilados parecían unas pequeñas chispas de luz en una inmensidad de tinieblas. En vano, finalmente, se han levantado los filósofos incrédulos contra el hecho mismo, para precipitar los libros del Antiguo y Nuevo Testamento en la nada: su autenticidad, verdad é integridad, tienen á su favor todas las pruebas, y la mas cavilosa y maligna crítica no ha podido destruir una sola de las que comprueban estos caracteres de la Biblia. No es de nuestro propósito entrar en el fondo de estas pruebas; pero será mui del caso hacer una reseña de ellas, á lo ménos para conducir la razon y el buen sentido del hombre que de buena fe intenta cerciorarse de la religion verdadera. La autenticidad, verdad é integridad de los libros santos está demostrada perfectamente: su divinidad tiene á su favor todos los caracteres lógicos que pudieran apetecerse. Para lo primero basta solo atender á la existencia de la nacion judía, á la de los autores que suscriben aquellos libros, no ménos que á su veracidad; y por último, á la identidad que ellos tienen en todas sus épocas históricas: para lo segundo nos basta considerar el carácter de los enviados y los testimonios que dan á su mision.

## § I.

## EXISTENCIA DE LA NACION JUDÍA.

Este es un hecho de que no puede dudarse, porque pasa íntegramente á nuestra vista. Todo el mundo de hoy da testimonio de él, y toda la historia profana sigue su filiacion hasta los tiempos de su primitivo origen. El encañamiento de la historia de este pueblo, continuado por mas de cuatro mil años sin la mas ligera interrupcion ó incoherencia; las relaciones íntimas y constantes entre los acontecimientos y sus causas; la conformidad absoluta de ellas con el carácter de la nacion; la tradicion unánime y pública de todo el pueblo, su religion y sus monumentos: por último, el testimonio de los principales escritores que flore-

cieron en las naciones diversas relacionadas con la nacion judía por un frecuente y activo comercio: he aquí las pruebas capitales con que se demuestra la existencia de esta nacion.

Ella reconoce á Moisés como autor de los cinco primeros libros de la Biblia, el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, cuyo conjunto se llama *Pentateuco*, y tambien como Legislador de la nacion. Esta verdad ademas está comprobada por el testimonio de los Samaritanos á pesar de su cisma, por la profesion constante, unánime, pública y universal de todo el cristianismo, y por el de los mismos escritores gentiles.

Pasando á la verdad de estos libros, se ve que Moisés no pudo ser engañado, pues contaba con los datos competentes y con la suficiencia que comunican la penetracion, el juicio, el ingenio y los conocimientos mas vastos; que no pretendió seducir ó engañar, porque así lo persuaden evidentemente su carácter histórico, su conducta moral y política, su notorio desinterés y su decision por la verdad; y que tampoco habria podido conseguirlo, aun en caso de intentarlo, porque semejante empresa se hacia de todo punto imposible por la magnitud, interés, notoriedad y concatenacion de los mismos hechos, por sus relaciones con la historia de los otros pueblos, por el carácter de las tradiciones nacionales y por las mismas épocas de la naturaleza. Finalmente, nos persuadimos de que la verdad del Pentateuco ha llegado toda, sin mezcla ni alteracion sustancial hasta los tiempos en que vivimos, con solo advertir que ni los judíos ni los cristianos han tenido jamas una coyuntura favorable para proteger con buen éxito la empresa de una parcial ó total impostura.

En cuanto á los Profetas, entra como primera prueba el testimonio del pueblo judío; pero tambien concurren con el suyo algunos escritores paganos. Todos los libros que contienen estas profecias habian sido traducidos en griego muchos siglos ántes de Jesucristo: en términos, que cuando Jesucristo apareció, estaban aquellos esparcidos, no solamente entre los judíos, sino entre los gentiles; no solo en su lengua original, sino en la lengua mas conocida, mas usada, mas cultivada por todos los hombres instruidos de todos los paises. Veamos ahora cómo las profecias son anteriores con mucho al verificativo de los acontecimientos á que se refieren.

Estos se reducen á tres principalísimos, que son la reprobacion de los judíos, el establecimiento del cristianis-

mo, la vida y muerte de su Divino Fundador. Es un hecho reconocido unánimemente, que estos tres acontecimientos pertenecen á la historia moderna, entendiendo por historia moderna la de la Era cristiana. Jesueristo nació; primer acontecimiento: estableció su Iglesia con la misión de sus Apóstoles; segundo acontecimiento: despues de estos dos sucesos, y muerto ya el Redentor, Tito y Vespasiano tomaron á Jerusalem, y dejando al pueblo judío sin hogar y sin patria, ejecutaron la sentencia de su reprobación; tercer acontecimiento.

En cuanto á los diversos agiógrafos, no hai necesidad de nuevas pruebas. Demostradas la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco, lo están igualmente las de todos los otros libros del Antiguo Testamento, y por consiguiente, las de los diversos agiógrafos que acabamos de enumerar. ¿Porqué? Por dos razones principales, que equivalen á dos demostraciones concluyentes. ¿Cuáles son estas razones? primera, la identidad de las pruebas; segunda, el enlace, el concatenamiento y la exactísima correspondencia histórica y cronológica, política y moral que resplandecen en los libros santos. En cuanto á lo primero, basta llamar la atención de nuestros lectores sobre todos los argumentos de que nos servimos para dejar establecida la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco; pues ninguna de estas pruebas falta en lo mas pequeño tratándose de los diversos agiógrafos. La tradicion mejor calificada de todo el pueblo judío, sus antiguos monumentos, el testimonio de los gentiles, la universal y constante profesión del cristianismo explicada de mil maneras, la vida y carácter de los autores de estos libros, las garantías de conservación que todos ellos tenían en la magistratura, el sacerdocio y el pueblo, la relación íntima de todos los sucesos, de todas las leyes, de todas las doctrinas, de todas las ceremonias, de todos los usos y costumbres judías con todos estos libros y la misión de sus autores; las medidas precautorias contra las demasías de la impostura, las tinieblas del olvido y las vicisitudes del error en materia de inteligencia: todo esto, repetimos, todo generalmente concurre á dejar tan bien establecida y confirmada la existencia, autenticidad é integridad de los diversos agiógrafos, como lo está la existencia, autenticidad, verdad é integridad de los libros de Moises.

Pasando del Antiguo al Nuevo Testamento, se siente un incremento mayor, si mayor cabe, de fuerza demostrativa de su autenticidad, verdad é integridad. La fe pública de

la Iglesia cristiana, la autoridad irrecusable de sus primeros escritores, la confesion de los mismos herejes, el testimonio de los judíos y paganos, y la inspección crítica de las mismas obras, producen una certidumbre moral, puesta en el mas alto punto de su evidencia, sobre la autenticidad, verdad é integridad de todo el Nuevo Testamento. Esta circunstancia viene á su turno á completar la demostración de los libros proféticos en lo relativo á la verdad de las predicciones; porque la autenticidad é integridad de ellos nos responde de la preexistencia de las profecías, así como la autenticidad, verdad é integridad del Evangelio suministran la luz suficiente para reconocer su cumplimiento; pues en el Nuevo Testamento vemos literal é infaliblemente verificado cuanto habian predicho los Profetas.

Queda pues demostrada la autenticidad, verdad é integridad de los libros santos; recorramos ahora las pruebas de su divinidad.

## § II.

### PRUEBAS DE LA DIVINIDAD DE LOS LIBROS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

No basta probar que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento son verdaderos en todas sus partes; es preciso demostrar que son divinos; porque las amplias materias que estos libros contienen son de una gerarquía superior á las investigaciones humanas; y lejos de contentarse con los tributos del convencimiento, exigen por su propia naturaleza el omnímodo vasallaje de la razón á la fe. Puede la filosofía pelear cuanto pueda por las convicciones; pero solo Dios es dueño de encadenar con su palabra la creencia del género humano. Para convercernos, basta que se nos ilustre por la razón; para creer, es de todo punto preciso que se nos hable á nombre de la Divinidad. He aquí lo que ha sucedido precisamente con esos personajes diversos que figuran principalmente en la Historia santa. Todos ellos han venido á la tierra con un carácter singular y privilegiado, y con un cierto predominio sobre las creencias, el cual no podia ser derivado ni del talento, ni del poder de los hombres: han producido grandes é importantes revoluciones en el mundo; pero sin atribuirse á sí mismos ni el pensamiento ni la acción: es decir, han hablado y obrado, pero á nombre de la Divinidad. Un principio idéntico determina el carácter de sus pensamientos, de sus

escritos y de sus funciones; y no puede probarse por tanto la divinidad de su mision, sin que lo quede por este solo hecho la inspiracion celestial de sus libros. Conformes con estas ideas y haciendo la separacion que demanda el Antiguo y Nuevo Testamento, hablaremos: primero, de Moises y los Profetas; segundo, de Jesucristo y los Apóstoles.

### § III.

(CONTINUACION.)

MOISES Y LOS PROFETAS.

Moisés prueba su mision con sus milagros, con su legislacion y con su vida.

I. El Nilo convertido en sangre, los insectos acosando hasta al último individuo, la peste destruyendo á los hombres y los animales, las úlceras carcomiendo hasta los huesos y radicando el dolor en todas las partes del cuerpo; el granizo, los truenos, el fuego del cielo arrebatando las esperanzas de los agricultores y burlando la ciencia de los astrónomos; la langosta esterilizando las mieses, talando los campos y arrastrando al sepulcro á los hombres consumidos del hambre; las mas espesas tinieblas arrebatando el aspecto de aquellas hermosas comarcas; los primogénitos, en fin, muriendo en la mitad de la noche: he aquí una cadena no interrumpida de portentosas calamidades que asentaron en aquella opulenta nacion, al solo impulso de la voluntad de Moises, la consternacion, el dolor y la muerte. Pero no pararon aquí los milagros de este caudillo: una inmensa capa de niebla protegió la fuga del pueblo oprimido, derramando la luz delante de sus ojos durante la noche, y cobijándolos durante el dia con su benigna sombra, para libertarlos de los rayos de un sol abrasador. Vano fué que Faraon y sus capitanes formasen un ejército de persecucion cuyo solo aspecto hiciese temblar á los Israelitas: acércase Moises á las márgenes del mar Bermejo; tiende su milagrosa vara; ábrense las ondas, y pasa el pueblo fugitivo; miéntras animándose á la vista de este portentoso el arrojo de los perseguidores, se entran ellos por el mismo sendero, para quedar mui pronto sumergidos en este abismo y entregados todos á la muerte. Los Israelitas llegan al desierto, donde un maná que baja diariamente del cielo, les suministra por el espacio de cuarenta años el alimento

y la vida. Finalmente, habiendo salido del desierto, y situados al pié del Monte Sinai, donde permanecieron por espacio de un año, fueron testigos oculares de los mayores portentos con que Dios quiso consagrar la mision de Moises al elegirle para que anunciase á su pueblo la alianza que con él intentaba renovar, y promulgase la lei que dió al caudillo desde la cumbre de la montaña. He aquí unos hechos que son verdaderos milagros, y en clase de tales prueban la divinidad de la mision de Moises: pasemos á su legislacion.

No nos extenderemos mucho sobre este punto, aunque ha dado á los mas profundos apologistas mui amplia materia para llenar volúmenes enteros. Una ojeada rápida sobre la legislacion de Moises con atencion particular á su objeto, al tiempo en que se publicaron sus preceptos, á las circunstancias locales y políticas de la nacion judía y al modo con que la Providencia regula el curso natural de los acontecimientos humanos, basta para convencernos de que Dios fué el Legislador de los judíos, y Moises su primer Ministro, y para convenir, en consecuencia de la magnífica economía de la legislacion mosaica, en que léjos de ser esta contraria bajo ningun aspecto á la sabiduria infinita de su Autor, "se ve resplandecer en ella, como observa el célebre Jacquetot, esta divina sabiduria, aunque proporcionada siempre á las debilidades de los Israelitas, al estado del mundo y al gusto de la razon." Véamos ahora los testimonios que da Moises á su mision con algunos sucesos de su vida.

Un hombre que continuamente se agita por llenar sus deberes sin perdonar ningun género de sacrificio; que siempre se muestra inclinado á los intereses de la virtud é inflexible castigador del vicio; que conduce á su pueblo, por entre las situaciones mas críticas que superan al poder humano, á los destinos que Dios le tenia señalados; que no obra si no en nombre de Dios y segun las inspiraciones de su voluntad soberana; que nunca se deja fascinar del brillo del poder, para consultar á sus intereses individuales, al capricho de sus pasiones, ó al hábito de los deleites; que salva los principios tutelares de la religion y la sociedad en un pueblo ignorante, versátil é inclinado á la idolatria; que mantiene intacto el culto del verdadero Dios entre una infinidad de naciones idólatras, entre pueblos gentiles, entre los errores del politeísmo; un hombre de esta clase, repetimos, da con su persona y conducta una grande seguridad en favor de sus doctrinas y de sus obras, cuando profiere

las unas y practica las otras en testimonio de la mision que ha recibido del mismo Dios. Pasémos a los Profetas.

II. Ellos nos presentan una serie de predicciones verificadas ántes de Jesucristo, las cuales prueban concluyentemente, sin salir de las páginas del Antiguo Testamento, que se hallaban poseidos de una inspiracion sobrenatural, prueba inequívoca de la divinidad de su mision. El cuadro de su vida, donde tanto resplandecen la fe y otras muchas virtudes; la perfeccion de su doctrina y la veneracion augusta que inspiran sus obras, vienen á su turno á robustecer mas y mas la certidumbre del carácter divino que no podemos desconocer en la mision, y por tanto en los libros de los Profetas.

Mas llegando aquí, tocamos ya en los tiempos de la plenitud en que Jesucristo vino á manifestar con su poder, con su santidad y con su doctrina que Él era el objeto de las predicciones antiguas, que á Él se referian todos los acontecimientos que abarca la historia del pueblo escogido, que Él era el deseado de las naciones, el Mesías prometido en la lei y en los Profetas.

#### § IV.

##### JESUCRISTO Y LOS APÓSTOLES.

Considerado Jesucristo bajo todas estas relaciones, reune en su persona, como en un centro comun, todos los puntos de vista que habian presentado las épocas que precedieron á su nacimiento, la época en que vivió y los siglos que siguieron á su muerte. Estos tres periodos diversos corresponden á tres historias diferentes, la del pueblo judío, la de Jesucristo y la de su Iglesia; y como Jesucristo es el gran término de perspectiva en el cuadro universal de la religion, todos los tiempos le aclaman y reconocen por Dios, y pagan de consuno un contingente ilustre á esta grande verdad el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la historia de la Iglesia. Nada mas natural que seguir este orden de pruebas en la mision de Jesucristo y sus Apóstoles.

Conformes con este plan, recordemos desde luego los testimonios del Antiguo Testamento, y recorriendo la historia comparada de sus profecías y sus figuras con la vida y muerte de Jesucristo, véamos cómo Él era el Mesías anunciado por los Profetas, el Mesías representado en la historia judía, el Mesías prometido á todos los pueblos de la tierra.

Pasémos del Antiguo al Nuevo Testamento, hablando

con la debida separacion de la vida de Jesucristo, de su doctrina y de su resurreccion.

Antes de presenciar su nacimiento, somos testigos de las maravillas estupendas que le preceden; al nacer, presenciemos los prodigios que acompañan su nacimiento; y cuando todavia no sale de la cuna, pagamos un dulce tributo de admiracion á los inauditos portentos que por todas partes rodean al Hijo de María. Todas estas circunstancias anticipan en nosotros la conviccion de su divinidad, y todo en lo sucesivo corresponde á este concepto, el carácter de Jesucristo y el poder de sus milagros.

El carácter de Jesucristo subyuga irresistiblemente nuestra admiracion cuando le vemos exento de toda mancha, dueño de todas las virtudes, árbitro de todas las pasiones y asiento inmóvil de una infinita santidad.

La naturaleza de sus milagros, las circunstancias en que los hizo, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que tales maravillas hicieron en el ánimo de sus espectadores y el concepto que formaron de este milagroso poder los mas interesados en destruirle; todo nos dice que Jesucristo es Dios.

No son ménos visibles los caracteres de esta divinidad en la doctrina de Jesucristo: sublime en sus misterios, una en su economia, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas, anuncia bien claramente que no puede ser parto de la razon humana, y que no seria conocida de los hombres, si Dios no se hubiese dignado difundirla entre ellos por medio de su palabra divina.

La tercera prueba de su divinidad consiste en su resurreccion gloriosa. Esta se halla demostrada en primer lugar por el testimonio de los enemigos de Jesucristo, y en segundo por el de sus Apóstoles y discípulos. En cuanto á lo primero, desde luego notamos que las mismas precauciones tomadas por sus enemigos contra el hecho milagroso de que se trata, vinieron á servir, contra toda su prevision, para confirmar mas y mas la certidumbre de su existencia.

En cuanto á los Apóstoles y discípulos de Jesucristo, los datos con que proceden los numerosos testigos de la resurreccion, los términos en que dan su testimonio y las circunstancias en que se hallaban, convencen irresistiblemente, segun las reglas del mas rigoroso criterio, que Jesucristo resucitó; porque de todas las observaciones hechas al propósito resulta que sus Apóstoles y discípulos no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni hubieran podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo.

El establecimiento del cristianismo, su rápida propagación, y su maravillosa perpetuidad constituyen el fondo de las pruebas más capitales que sobre la divinidad de Jesucristo nos suministra la Historia de la Iglesia. Comparando los acontecimientos con el carácter y extensión de la empresa, el tiempo en que se acomete, los autores que la ejecutan, la conducta que observan y los obstáculos de que triunfan, nos convencen de que nada es tan evidente como la divinidad del cristianismo y de su Autor, y el origen celestial de la misión de los Apóstoles, y por consiguiente, de la Iglesia. <sup>1</sup>

## § V.

## LA BIBLIA Y LA IGLESIA CATÓLICA.

De todo lo que acabamos de decir, se deduce que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento constituyen el gran fondo de los dogmas revelados. Pero estos dogmas, si hubiesen quedado al arbitrio de la razón humana, habrían corrido entre los hombres la misma suerte que la ley natural entre los pueblos gentiles. Ellos pues, para representar no solo una doctrina pura, sino también un poder dogmático y social, habían menester de una institución *sui generis*; esta institución es la Iglesia. Tiene la Iglesia el depósito de la doctrina, la facultad de interpretarla, la misión de distribuirla, el derecho exclusivo de definirla y el poder más omnímodo para imponer silencio á la razón humana en todo lo que atañe á los dogmas revelados. Este derecho supone infalibilidad; y esta infalibilidad tiene una promesa en su Divino Fundador, un diploma en el Evangelio, una prueba constante en la historia de diez y ocho siglos.

Este poder dogmático de la Iglesia católica se manifiesta de continuo con caracteres imponentes. Por tres siglos le ha sido disputado por el protestantismo; mas éste, con solo carecer de institución dogmática, pues no puede haberla fuera de la Iglesia, sufre todas las derrotas en sus mismos elementos: porque sin autoridad infalible, solo queda el raciocinio, y el raciocinio sin trabas presentará siem-

<sup>1</sup> Estos párrafos están casi literalmente tomados de nuestra obra titulada: *Del Derecho natural en sus principios comunes y en sus diversas ramificaciones.*

pre en el mundo de las disputas la antigua y nueva contienda del individualismo contra la sociedad, de la inteligencia contra la fe, de la tierra contra el cielo.

El catolicismo tiene á su favor todas las prioridades: la prioridad histórica, porque sin la Biblia se nos pierde el hilo de los tiempos, se nos escapan de las manos las primeras tradiciones del mundo y todas las revoluciones de la tierra: la prioridad dogmática, porque es el único que reasume el gran cuerpo de sus doctrinas, las verdades naturales y las verdades reveladas: la prioridad lógica, porque al cabo de diez y ocho siglos y medio de combate, parece asentir su trono á la faz del mundo sobre los escombros aglomerados de todas las escuelas, de todas las teorías, de todas las opiniones y todos los delirios que han venido naciendo, combatiendo y muriendo en la serie de los siglos: la prioridad social, porque es el único en que la doctrina tiene unidad, la unidad universalidad, la verdad un magisterio instituido, y el magisterio una infalibilidad incontestable. Tales son los títulos de excelencia con que se presenta el catolicismo á los ojos de la crítica, y las razones en que nos fundamos para considerarle como el primer objeto del criterio por su fuerza, su poder y su excelencia dogmática.

## CAPÍTULO TERCERO.

## ACCION FILOSÓFICA DEL CATOLICISMO.

Impotente para combatir á la Iglesia en el orden de los misterios y las verdades reveladas, la filosofía quisiera por lo ménos poseer sin contradicción el primado del raciocinio; mas este sin los principios no es mas que un método: con los principios, empero, es histórico, ó no es nada: siendo histórico, es católico ó no es nada, porque el catolicismo es el que tiene las llaves de la historia en materia de principios y consecuencias, porque es el único, según se ha dicho ya, que posee en toda su extensión los hechos, las relaciones y las leyes á que están ligados el origen, el desarrollo, la conducta y los destinos de toda la humanidad. Luego el catolicismo cuenta no solo con la primacía dogmática, sino también con los derechos de la ciencia.

“La ciencia, dice Combalot, tomada en su acepción católica es la explicación perpetuamente progresiva de cuanto constituye el orden inmutable en el YO humano; es decir, la ex-

plicacion tan completa como lo permiten los límites asignados aquí en el mundo á nuestra inteligencia, de todo lo que abraza la fe del universo. El objeto de la ciencia es el SER sin límites ó el Infinito y el ser limitado ó la creacion. Dos cosas son necesarias para progresar en la ciencia: primero, creer á las nociones primitivas, universales y permanentes de Dios y del universo; segundo, ejercer la actividad del *yo* sobre este doble objeto de toda ciencia y sobre las relaciones que necesariamente resultan de su simultaneidad ó de su coexistencia."

"Ahora bien, dar crédito á las nociones permanentes, universales é inmutables de la humanidad en el mas alto punto de su unidad y en el mas alto grado de su esplendor y sobre la garantía mas incontestable de su infalibilidad, es ser católico; tomár estas nociones por punto de partida de la ciencia y por término de las investigaciones, es empeñarse en pasar de la fe á la vista, y para servirnos de estas palabras tan filosóficas de nuestros libros santos, es andar de claridad en claridad, de fuerza en fuerza y de vida en vida, es conformarse con la lei del progreso hácia lo verdadero y lo bueno, es, en una palabra, *ser católico*. Luego el catolicismo es el único capaz de conducirnos con seguridad á la verdadera nocion de la ciencia."<sup>1</sup>

El catolicismo desarrolla su accion sobre las nociones primitivas de la ciencia en los tiempos anteriores al cristianismo, ha venido acompañando á la ciencia misma desde Jesucristo acá, y la seguirá sin duda dirigiendo hasta ponerla en el último grado de esplendor. La antigüedad nos presenta al género humano sometido á dos acciones diversas, la del *judaísmo* y la del *gentilismo*. El pueblo judío, limitado á custodiar sus libros, sus tradiciones y sus instituciones, nunca atendió á producir en la sociedad un desarrollo filosófico de sus doctrinas, no conoció los tormentos de la duda ni sufrió las tempestades del error. El gentilismo, colocado siempre entre el racionalismo y la superstición, dió mil formas caprichosas al culto, mil máximas erróneas á la conducta, y pasó su vida filosófica entre el cisma de las opiniones, de las teorías y de las escuelas. El catolicismo cuarenta siglos despues, sacó de su Biblia toda la filosofía moderna, tocó la inteligencia individual y la razon comun á la historia del género humano conservada fielmente por la nacion judía, llamó las luces dispersas del gentilismo al gran foco de la fe, á la unidad lo que

<sup>1</sup> Elemens de philosophie catholique. Cinquième part. Chap. XVII, § II.

habia de cierto en el fondo de sus doctrinas, y á la verdad todas las teorías formadas acerca de la felicidad. La definió bien, estableció los respectivos objetos que á ella conducen, mostró y fecundó los elementos competentes á cada institucion para tocar á su objeto. Columbrar la unidad en la idea genérica de una verdad fecunda pudo ser obra de la razon, y esto explica perfectamente la filosofía antigua; pero reconocerla en todo, enseñarla y hacerla efectiva en el sistema general de las ciencias, de las letras y de las artes, debia ser obra de otro principio, y este es el título con que el catolicismo reclama por derecho, el primado que le otorga toda la antigüedad gentil y judía bajo el punto de vista filosófico.

El cristianismo desde su nacimiento tuvo que combatir las grandes perturbaciones intelectuales que habian llegado á personalizarse entre los gentiles; pues encontró al mundo de la ciencia envuelto en la doble atmósfera del sensualismo y del escepticismo. "Los errores del antiguo Oriente, revividos por la filosofía de Alejandría, fueron para la fe católica el objeto de una lucha no ménos terrible; pues tuvo ella que vencer á un mismo tiempo al pantheismo, al sensualismo y al escepticismo. Prolónguese, sin embargo de este triunfo, durante diez y ocho siglos la lucha del cristianismo contra los antiguos errores, y es menester, por tanto, seguir aunque rápidamente el movimiento regenerador que oprimió á la humanidad, para comprender hasta donde llegan sus títulos al reconocimiento del mundo científico."

"Nadie piensa en disputar al cristianismo sus victorias sobre el paganismo y las supersticiones idólatras, y es tan claro como la luz del dia, que el catolicismo en Europa y en todos los países donde se ha hecho sentir ha vuelto á la vida la fe de las antiguas tradiciones acerca de Dios y el universo. El pantheismo idealista, theúrgico y dualista de la escuela de Alejandría espiró bajo la accion de la filosofía católica sin embargo de los esfuerzos poderosos que Porfirio Jámblico y Juliano Apóstata licieron para resucitarle. La duda escéptica de las antiguas escuelas griegas, que combinada con las especulaciones greco-orientales de la filosofía alejandrina, vino á crear las mas grandes herejías durante los seis primeros siglos de la Iglesia, tuvo que ceder por fin ante el poder irresistible de la fe que desarrollaba su accion sobre todos los pueblos. La edad media presentó ya la política, las ciencias y las artes afiliadas á la unidad de la fe; é imprimió sobre la sociedad



un movimiento progresivo que no tropezó, sino en la cuna del protestantismo, en los primeros años del siglo XVI. Desde entonces se renovó la antigua lucha, la Iglesia tuvo que contender contra tres grandes enemigos que se empeñaban por resucitar el pantheísmo, el materialismo y el escepticismo antiguos. Estos tres enemigos que son el *sensualismo inglés*, el *idealismo alemán* y el *racionalismo francés*, fueron consagrando á su turno para conspirar contra la Iglesia, los elementos mas adecuados; y ya en el siglo de Luis XIV empezaron á introducir el despotismo y la esclavitud en política, el paganismo en las letras y en las artes, y el rigorismo Jansenio en la moral. Un paso mas y el ateísmo levantó su bandera, y tuvo una época de dominio en mas de la mitad del siglo XVIII.

Penosa por cierto fué la acción de los principios católicos, durante las épocas referidas; pero al fin el triunfo de la Iglesia se halla espléndidamente representado en los tiempos presentes, cuyo carácter dominante es el del espiritualismo gravitando sin cesar hácia las tradiciones católicas. Las mas altas inteligencias de nuestros dias comprenden con cierta especie de evidencia que la Europa, disgustada para siempre del paganismo en el arte, del despotismo y de la esclavitud en la política, del protestantismo escéptico en la religion, no puede ser completamente regenerada sino por la fe y por la ciencia, cuyo comun y eterno foco es el catolicismo. Así es como al escepticismo filosófico le pasó su época, el idealismo espira, el sensualismo quedó ya relegado á unos cuantos anfiteatros, y el mundo toca en una de esas grandes épocas de esperanza y porvenir para la ciencia y la fe.<sup>1</sup>

Basta lo dicho para reconocer el poder filosófico del catolicismo en todas las épocas del mundo; y por lo que de él se conoce, puede presagiarse lo que será en el porvenir bajo el influjo de los principios católicos, la marcha de la ciencia, el carácter de la sociedad y el destino del género humano.

#### CAPÍTULO CUARTO.

PODER MORAL Y POLÍTICO DEL CATALICISMO.

Ya hemos dicho que la moral de la conducta está en la libertad, porque la libertad reasume en el dictámen de la

<sup>1</sup> Véase la obra de *Combalot* ya citada, de donde hemos tomado estas observaciones históricas.

conciencia la lei, la acción y el albedrío perfectamente conocidos. Ahora bien, la política es la acción de la sociedad, es pues el desarrollo de la libertad bajo el influjo de las leyes y sobre las relaciones humanitarias, domésticas, civiles y políticas de todo el género humano. Veamos pues, cómo el catolicismo es el principio regenerador de la verdadera libertad moral, civil y política.

Cuando consideramos el catolicismo como el principio regenerador de la libertad moral, civil y política, damos por supuesta la existencia de la libertad puramente natural hija de la creación, y que no ha nacido del catolicismo ni de otra institucion alguna. El hombre salió libre de las manos del Creador, y la facultad que tiene de querer ó no querer despues de haber deliberado, es una consecuencia de su propia naturaleza. Mas la libertad, en el sentido en que la referimos al principio católico, es la libertad en la lei, la libertad en la carrera de su perfeccion, la libertad realizando los medios para que el hombre toque á su verdadero fin, la libertad, en suma, conduciéndonos á Dios por la heroica y gloriosa carrera de la virtud. La libertad así entendida necesitaba una especie de nacimiento nuevo, supuesta la consuncion que sufrió en consecuencia del pecado original. Ya en otro lugar hemos dicho que la filosofia católica supone al hombre perfecto, puro, inocente, feliz, cuando brotó al ser á un solo impulso de la voluntad de su Creador; pero que la libertad en que fué constituido y que debía haberle llevado sin inconveniente alguno hasta el apogeo de sus glorias, lejos de haber producido este resultado feliz, se convirtió en un sentido contrario, pues el primer hombre abusó absolutamente de ella, y con su pecado resignó sus derechos á la felicidad eterna, é hizo la funesta conquista del dolor y de la muerte. El pecado original vició pues radicalmente la naturaleza humana; y este hecho terminantemente consignado en el mas antiguo de todos los libros, en la primera página de la historia del mundo, es el punto de partida para todas las cuestiones morales, políticas y sociales, ó no hai punto alguno de partida. Volvemos á decirlo, entre el escepticismo absoluto y el pecado original no hai medio: ó renunciar á la esperanza de encontrar la verdad, ó tomar el primer dato en la caída del hombre. En efecto, si el hombre no es eterno como Dios, el hombre viene de Dios; si viene de Dios, salió puro y limpio de sus manos, porque de Dios nada sale manchado, de Dios nada sale muerto. Si el hombre sale limpio y puro, inocente y feliz de las manos de su Dios,